

LOS SANTOS ALTOARAGONESES

SANTOS ODON, FELIX, MARCELO Y BENITO, ERMITAÑOS

Por ANTONIO DURÁN GUDIOL

1 El misterio de las montañas del Pirineo altoaragonés no se limita a poner nieves en las cumbres, a tapizar valles, a dar diafanidad a las aguas de los ibones, a repujar cascadas en espuma, a vestir bosques con lentejuelas de sol... Tupidos encajes velan también los paisajes de la historia, apenas entrevistos a través de mil fantasías.

También en la geografía del espíritu del viejo Aragón hay cimas inaccesibles y hay también frondosidades de selva virgen. Inalcanzables.

Y el hagiógrafo debe—no hay más solución—coronar su pluma con una guirnalda de flores silvestres y mudar en sonrisas sus ceñudos desvelos.

Sabemos que el Pirineo fue tocado por el ala del Espíritu Santo. Que sus soledades armonizaron ascetismos. Que aquí y allá florecieron monasterios y eremitorios. Que una multitud de hombres—se me antojan altos, enjutos, iluminados—deshojaron allí sus vidas en solitario. Como sentados en los bancos incómodos de una incómoda estación de ínfima categoría.

El eco repite cuatro nombres—sólo son nombres—. El pueblo, en su arcón de novia, los ha guardado sin demasiado celo. Odón, Félix, Marcelo y Benito ¹. Cuatro ermitaños desde siempre venerados como

1. Los principales relatos de las vidas de estos santos ermitaños son tres: a) *Sanctorum Voti et Felicis eremitarum vita prior, ex veteri ms. monasterii pinnatensis*, que publican MANUEL RISCO, *España sagrada*, t. XXX (Madrid, 1775), p. 406, ap. IV; *Acta sanctorum Maii*, t. VII (París-Roma, 1867), p. 57; y, vertida al castellano, P. RAMÓN DE HUESCA, *Teatro histórico de las iglesias de Aragón*, t. VIII (Pamplona, 1802), p. 334. b) *Sanctorum Voti et Felicis eremitarum vita recentior, auctore Macario monacho pinnatensi ex ms. eiusdem monasterii*, publicada por Risco, op. cit., p. 400, ap. IV, y *Acta sanctorum Maii*, ibidem, p. 59. c) *Sanctorum Voti et Felicis eremitarum synopsis historica ex anonymo pinnatensi*, publicada asimismo por Risco, op. cit., p. 409, y *Acta*, p. 61. La fuente b) es un panegírico que no difiere

santos. Cuatro ascetas en forja de méritos para la eternidad a la sombra de cuatro ermitas — iglesucas de piedras desnudas en las que no era dado levantar la voz ni siquiera para un amén —, que fueron dedicadas a san Juan el bautista, a los santos Julián y Basilisa, a san Esteban y a san Pedro, en los pliegues del valle de Atarés, no lejos del reposado discurrir del río Aragón.

Y no se sabe más. A no ser que la semilla de los cuatro ermitaños — que vivirían, suponemos, en los siglos VIII y IX — renació, al correr de la undécima centuria, en la magnificencia del monasterio de San Juan de la Peña, de monjes negros que durante cientos de años sobrecantaron de exquisita salmodia y de himnos bellísimos las misteriosas mudeces del monte y las eremíticas taciturnidades.

Al amor del sol dulce de las cimas, con el pan de la leyenda...

2 Hubo una vez en Zaragoza ², donde por cierto se pavoneaba ya la media luna, dos arrogantes mancebos, de atlética figura, ricos, nobles. Como si dijéramos, vestidos con el granate terciopelo de felices sonrisas. Bueno, quiero decir que tenían por delante una envidiable vida llena de prendas de felicidad, aquí, sobre la tierra. Pero como esto es voluta de humo, comparado con lo que después nos espera... Y no intento sugerir con esto que no fueran unos excelentes cristianos.

Como iba diciendo, vivían en Zaragoza dos muchachos: el uno se llamaba Odón, y Félix el otro. A Odón le encantaba cazar, diversion a la que se dedicaba con mucha frecuencia.

Un buen día salió, como tantas veces, de su casa y de Zaragoza, montando un caballo tan ligero como una pluma. Tanto que más que trotar, puede decirse que volaba. Y anda que andarás, llegó muy lejos.

Siempre a la vera del río Gállego, fué subiendo hasta los erguidos solemnes mallos de Riglos, dos grandiosos torreones que mojan sus

substancialmente de a). El relato c), que no cuenta por cierto el episodio de la persecución del ciervo ni el milagro de la salvación de Odón, fue encontrado por los bolandistas en el año 1661 entre los papeles del cardenal Sanseverini, en Roma. Una narración de la vida de los santos ermitaños, llena de comparaciones bíblicas y curiosas conjeturas, en JUAN BRIZ MARTÍNEZ, *Historia de la fundación y antigüedades de San Juan de la Peña y de Sobrarve, Aragón y Navarra* (Zaragoza, 1620), p. 35. El verdadero nombre del primero de estos ermitaños no es el de Voto, que se le ha venido aplicando, sino el de Odón, como ya quiso Zurita. Odón y Félix tuvieron culto en el monasterio de San Juan de la Peña, pero no los santos Juan de Atarés, el fundador, Marcelo y Benito. Es muy posible que *San Juan de Atarés* no deba referirse a una persona; antes bien deberá ser tomado como toponímico.

2. La presente narración está escrita sobre las fuentes a) y b), citadas en la nota 1. Como fácilmente adivinará el amable lector no rebasa la categoría de *aurea legenda*.

calvas en las mismas nubes. Contemplándolos, pensó que los mármoles de su ciudad, la de César Augusto, no tenían punto de comparación con estos palacios encantados, obra de la mismísima mano de Dios. Después, como no encontrara ninguna pieza digna de su noble espada, continuó su camino hacia rumbos inciertos.

No bien hubo dado la vuelta que, a espalda de los mallos, da el Gállego, vió ante sí la estática procesión de la sierra de san Juan, cuyas montañas parecían monjes, llenos de seriedad, como presididos por uno más sobresaliente con aires de abad. Esta era el monte Oruel. Allí decidió ir.

Dejó el río y, por Ena, se fue a Botaya. Las montañas de la sierra eran verdaderas selvas. Tanta era la espesura de árboles, Y empezó a subir hacia lo más alto con el corazón henchido de esperanza de grandes hazañas venatorias.

Al llegar al hermosísimo prado verde como sus ojos, el mismo que hoy está frente al monasterio nuevo de San Juan de la Peña, creyó encontrarse en la gloria. ¡Qué precioso era todo! Ya, para su completa felicidad, sólo faltaba que alguna buena pieza se pusiera al alcance de su espada. Cuando he aquí que, de pronto, por entre los árboles asomó su hocico un graciosísimo ciervo. Como si hubiese acudido para invitar a Odón a jugar un rato los dos.

Sin perder tiempo, el apuesto muchacho montó rápidamente sobre su caballo, desfundó su espada y emprendió veloz carrera en pos del ciervo. Este, no menos veloz que el alazán del zaragozano, huyó más que de prisa, como si hubiese olido las aviesas intenciones del cazador. Fue una persecución emocionante. El ciervo corre que corre. Odón venga azotar los flancos de su potro. Dieron vueltas y más vueltas, sorteando árboles, siempre uno detrás de otro. Hasta que Odón, caballo y ciervo desaparecieron del bosque igual, igual que si se los hubiese tragado la tierra.

¿No sabéis lo qué pasó? Pues que al final del bosque que está junto a la pradera en dirección al angosto valle de Atarés, como quien mira hacia el río Aragón, la exuberante planicie queda cortada a pico y abre un horrible precipicio. Por allí cayó el pobre ciervo y fue terriblemente despedazado al chocar contra el suelo. Y por allí cayeron también Odón y el caballo. Y habrían muerto la tremenda muerte del ciervo a no ser por la intervención de Dios. Sucedió así: al darse cuenta Odón que su caballo no pisaba tierra firme y que el vacío se abría a sus pies, gritó con todas las fuerzas de su pecho:

—¡San Juan, auxilio!

Y se obró el milagro. El potro fue descendiendo lentamente hasta posar sus cascos sobre la dura roca, en la que quedaron impresos, y no les pasó nada. Estaban sanos y salvos.

Odón descabalgó, alzó la vista hacia donde quedaba cortada la montaña y, estremeciéndose, dió muchas gracias a Dios, humedecidos sus ojos de emoción y agradecimiento. Dios, por la intercesión del bautista, le acababa de librar de una muerte segurísima.

Quiso entonces ir hasta la misma base del precipicio. Tanta era la maleza que de aquélla le separaba, que tuvo que abrirse camino por medio de la espada, hasta que encontró una sendica por la que las fieras del bosque solían dirigirse a una fuentecilla que había—y hay—en la misma piedra. Escudriñó bien las concavidades y los escondrijos sin ánimos ya de dar caza ni al más insignificante animalito. Y encontró, disimulada por el follaje, una iglesuca desde tiempos dedicada a san Juan el bautista.

Entró y una vez lograron sus ojos horadar la penumbra, dió de bruces con el insepulto cadáver de un hombre ya entrado en años, con muchas arrugas en la frente, de rostro sereno y una luenga barba blanca, que yacía sobre el duro suelo, a un lado del altar.

Admirado Odón, pensativo, temeroso, se signó repetidas veces con la señal de la cruz, sin osar moverse. Una fervorosa oración le tornó intrépido. Revolvió el cadáver y halló que su cabeza descansaba sobre una piedra triangular que tenía grabada una inscripción. Y leyó:

«Yo, Juan, edificué esta iglesuca y, el primero, la habité. Desprecié el mundo y, como pude, levanté estas paredes por el amor de Dios y por devoción a san Juan bautista. Aquí he vivido mucho tiempo y ahora, muerto, descanso en el Señor. Amén».

Odón derramó un río de dulces lágrimas, no cesó de expresar a Dios y a san Juan su agradecimiento y dió a la tierra el cuerpo del ermitaño Juan, sentando encima del sepulcro la piedra que éste esculpiera otrora.

Del santo eremita se sabe únicamente cuanto de él dice la inscripción y aseguran algunos que era natural de Atarés y que murió en la paz de Cristo hacia el año 714.

Odón, transformada su alma por el milagro y por el ejemplo del ermitaño, oyó la llamada de Dios que le invitaba a seguir las huellas de Juan de Atarés. Y se fue a Zaragoza, su patria, donde vendió cuanto poseía: predios, viñas, patrimonios, los muebles incluso. A los esclavos

y esclavas les dió la libertad. Y el oro y la plata que produjeron sus ventas fue a parar a manos de los pobres y sirvieron también para romper cadenas de cautivos.

Habló largamente de cuanto le sucediera a su hermano Félix, que también quiso uncirse al suave yugo del Señor en las abruptas soledades de San Juan, bien convencidos que lo del mundo no es más que humo de paja, ceniza y nada.

Desnudaron sus cuerpos de flameantes sedas y vistieron el burdo hábito de ermitaños. Edificaron sendas celdillas. Se alimentaron tan sólo de hierbas. Y vivieron largos años, fijo siempre el pensamiento y el corazón y la lengua en aquel cielo tan azul, tan inefable, que veían recortado por las montañas.

Y fueron sus almas coronadas con la corona de Cristo triunfante el año de gracia de setecientos cincuenta y siete.

Y a Cristo sean dadas infinitas alabanzas por los siglos de los siglos. Amén.

3 Entendí³ de boca de muchos religiosos varones de esas soledades el siguiente maravilloso milagro, que contaré para que sirva de estímulo a la confianza que hemos de poner en Dios y su Providencia.

Había en un lugar cercano a la cueva de san Juan bautista un clérigo, temeroso de Dios, que gustaba de conversar largo y tendido con Odón y con Félix, los santos ermitaños, cuya fama empezaba a trascender las fronteras de su escondrijo.

A menudo dicho clérigo salía misteriosamente de su pueblo. Nunca quiso manifestar a dónde se dirigía. Una hermana suya, que con él vivía, aguijoneada por la curiosidad—a la que son tan dadas las mujeres—, le preguntó sobre los repetidos y extraños paseos. Y como no lograra abrir a este respecto los labios del clérigo, decidió en su corazón seguirle los pasos.

Cierto día Odón estaba sentado sobre un pedrusco a la puerta de su celda, cuando llegó la visita del clérigo, el cual, como de costumbre, se sentó a sus pies para recoger ávidamente todas y cada una de sus frases que hablaban de Dios, de la santísima Virgen, de la gloria del

3. La siguiente florecilla pinatense se halla solamente en b), y la trae por extenso BRIZ MARTÍNEZ, op. cit., p. 55.

Paraíso, de las dulzuras de la penitencia... Fue este día cuando la hermana del sacerdote le siguió y que pudo ver con sus propios ojos cuál era el objeto de los paseos de aquél.

—¿Qué hará aquí mi hermano?—se preguntó, a prudente distancia. Su curiosidad no había sido satisfecha aún del todo y siguió andando hacia la cueva de san Odón.

Iba subiendo despacio, haciendo mil cábalas, por el camino que viene de Santa Cruz. De pronto, exhaló un suspiro de asombro. Frente a ella, en lo alto del precipicio, un guapo mozo con cara de ángel, que ángel era de verdad, bajaba unos invisibles peldaños en dirección también de la cueva.

(Nadie supo hasta este momento, excepto Odón, que un ángel descendía todos los días al eremitorio a ofrecer, por mandato de Dios, un pan al santo ermitaño).

El ángel se contrarió por la excesiva familiaridad con que gentes del siglo trataban al varón de Dios. Y sobre todo por la presencia de una mujer, que las mujeres estorban siempre a los preclaros varones.

Se detuvo, llamó a Odón, le increpó duramente y desde lo alto de la roca le echó el pan que le llevaba, pan que fue a dar en una pierna del ermitaño, que quedó fracturada. Señal manifiesta de la reprobación por parte de Dios de la profanación de aquellas soledades. Y anunció el ángel que no esperara ya más el celestial alimento.

Falto del angélico manjar, Odón sufrió en adelante muchos trabajos para procurarse alimentos y enflaqueció no poco.

4 Refieren algunas viejas crónicas ⁴ que, cuando el rey Rodrigo fue vencido por los moros, unos doscientos cristianos fugitivos se escondieron al abrigo de un gran monte, hoy llamado Oruel. Prendados de sitio tan ameno, edificaron y amurallaron un lugar que se llamó Pano.

Apenas habían concluido la obra, cuando el rey de Córdoba Abderramán iben Mozavia se enteró de todo y, temeroso de la fuerza de los cristianos, mandó contra Pano un poderoso ejército a las órdenes de Abdelmelik iben Quartan con instrucciones bien precisas: matar a cuantos no quisieren reconocer la soberanía del emirato cordobés y destruir toda fortificación.

4. Damos a continuación la traducción de la sinopsis c), muy erudita, obra de una flúida imaginación.

Abdelmelik, después que atravesara casi toda España, llegó allá y entabló furiosa batalla, que ganó con relativa facilidad. No quedó piedra sobre piedra, los hombres fueron pasados a cuchillo y las mujeres y los niños fueron hechos cautivos.

Más tarde llegó a las ruinas de Pano el zaragozano Odón, que encontró una pequeña senda que conducía a una cueva y a una pequeña iglesia dedicada a san Juan el bautista, en cuyo centro yacía el cuerpo insepulto de san Juan de Atarés, el devotísimo ermitaño que la había edificado.

Allí decidieron quedarse para el resto de sus días Odón y su hermano Félix, que se le juntó unos días después. Edificaron unas celdillas y vivieron muy felices en la contemplación de Dios, en las divinas alabanzas y en el castigo de la carne.

No tardaron dos honestísimos varones, que habían sobrevivido a la batalla de Pano los únicos, llamados Marcelo y Benito, a solicitar de los hermanos ser admitidos a compartir la eremítica soledad. Accedieron Odón y Félix, y Benito construyó una iglesia en honor de san Esteban y otra Marcelo dedicada a san Pedro, príncipe de los apóstoles.

Más tarde en los tiempos del rey de Navarra Sancho Garcés, muerto el conde Galindo, Abderramán, soberano de Córdoba, hizo gran matanza de cristianos. Y al frente de un numeroso ejército pasó por los Pirineos camino de las Galias, logrando apoderarse de la ciudad de Toulouse, sin apenas encontrar resistencia. Y otra vez los cristianos fugitivos arribaron a la santa cueva, donde se establecieron, y edificaron una iglesia grande en honor del mismo san Juan el bautista, en la cual se cobijaron muchos clérigos, presididos por el abad Transirico.

Restablecida la tranquilidad, todos volvieron a sus tierras y casas, menos los clérigos que ya no quisieron salir de allí. Y fue en este tiempo cuando el obispo Iñigo, en las nonas de febrero, consagró la iglesia de san Juan.

Tales fueron los inicios del celebrado monasterio pinatense, que ha sentido siempre gran devoción por estos santos ermitaños.